

Historia sumergida de Cabrera.

Cabrera no es solo una isla, sino un archipiélago, situado al sur de Mallorca y formado por diecinueve islas diminutas. Como las otras, la isla de Cabrera es la prolongación de la mallorquina sierra de Levante.

Apenas tiene 40 kilómetros de costa, en la que se alternan escarpados acantilados con playas arenosas, calas de cantos y ensenadas.

Su naturaleza calcárea hace que los procesos cársticos sean uno de los grandes modeladores del relieve costero de la isla. Paredes rocosas salpicadas por cuevas, que el viento y el agua, y, sobre todo, el tiempo labran, como una obra siempre inacabada. La infinita paciencia del agua hace y deshace formas en la roca, allí donde la luz y el calor del sol no llegan.

La isla, ha estado deshabitada en algunos periodos, y en otros, habitada por unos pocos pobladores, pues sus escasos recursos nunca permitieron la subsistencia de más de medio centenar de personas.

A lo largo de toda su historia, Cabrera siempre fue un refugio para los barcos ante los temporales, pese a que la entrada en su puerto es peligrosa cuando sopla viento norte. Por eso el oficio de pescador siempre añade a la inconstancia de la fortuna, la incertidumbre del mar.

En Cabrera los hombres van a la mar como fueron sus antepasados. El trasmallo, como otros artes de pesca tradicionales requiere maestría y destreza, precisión y suerte, rapidez y calma. Las manos pasan de las mallas a la caña, para calar unas redes que, a menudo, no se enredan con lo que buscan, sino con lo que quedó de otros barcos, de otros hombres que pasaron por esas aguas.

Porque de la fuerza del viento norte, que con frecuencia azota la isla, son testimonio los pecios de todas las épocas que se hallan en los fondos cercanos a la costa y esos restos de historia en forma de ánfora que ahora cobijan a los pobladores del mar.

Durante algún tiempo el uso militar de la isla fue su mejor protección frente a la codicia, y, desde 1991, la declaración del Parque Nacional Marítimo y Terrestre del Archipiélago de Cabrera limita los usos tanto de las islas como del mar.

Ese papel protector y vigilante lo desempeñó antes Es Castell, construido en el siglo XIV frente al puerto para defender la isla de piratas berberiscos. Más tarde fue cárcel de franceses capturados en Bailén. Y siempre, sus torreones han sido vigías atentos a los barcos que se acercaban recortados en el horizonte contra la silueta de las isla des Conills.

Durante casi un siglo, la isla fue propiedad de una familia, que se propuso cultivar vides y construyó una hermosa bodega, Es Celler, hoy convertida en museo que cuenta la historia de Cabrera, isla resistente, casi inalterada, devuelta al silencio y al sonido del mar y del viento.

El faro de N'Ensiola alumbra desde hace tiempo, en el cabo de Llebeig, un lugar donde el Sol, al ponerse, tiñe de rojo el mar y toda la historia de Cabrera, a resguardo de las ambiciones humanas.